

del palacio electoral de Brunswick-Lunemburgo, impresa en el año de 1713. (But.)

LOS TRES SANTOS NIÑOS ANANÍAS, MISAEL Y AZARÍAS.

ESTABAN cautivos en Babilonia juntamente con Daniel los nobilísimos jóvenes hebreos Ananías, Misael y Azarías, cuando al rey Nabucodonosor se le antojó mandar que de los hijos de Israel que gemían en la esclavitud, y de la estirpe de sus reyes y grandes, se escogiese cierto número de niños en los cuales no hubiese defecto, de buena presencia é instruidos en todo saber, hábiles en ciencia y bien disciplinados, y que se les enseñasen las letras y la lengua de los caldeos, y que se les mantuviese con delicados manjares de su propia mesa, para que al cabo de tres años quedasen al inmediato servicio de su persona. Fueron del número de estos Daniel y los tres jóvenes mencionados, Ananías, Misael y Azarías, á los cuales el prefecto de los eunucos por orden del rey mudóles los nombres llamando á Daniel, Baltassar, como pronosticando la cabida y gracia que había de tener con los reyes de Babilonia, de los cuales era aquel nombre; á Ananías, Sidrach; á Misael, Misach; y á Azarías, Abdénago. Mas Daniel y sus tres compañeros con zelo santo de su ley, propusieron entre sí de no contaminarse con los manjares de la mesa del rey, ni con el vino de su bebida; y rogaron al prefecto de los eunucos que no les forzara á comer faltando á su conciencia. Movido por Dios el corazón del prefecto, éste les respondió: «Me temo yo del rey mi señor, el cual os ha señalado comida y bebida, que si viere vuestras caras más flacas que las de los otros jóvenes vuestros coetáneos, hareis que el rey me condene á muerte.» Insistieron Daniel y sus tres compañeros, diciéndole: «Haz con nosotros la prueba por diez días, y que nos den legumbres á comer, y agua á beber, y según vieres, harás con tus siervos.» Avinose el palaciego, y á los diez días de prueba vió sus caras mejoradas y más llenas de carne, que las de todos los jóvenes que comían de las viandas del rey; por lo que les permitió que siguiesen con aquel método que tan bien les sentaba.

En premio de su buena intención y fidelidad, otro milagro hizo Dios con estos jóvenes israelitas, dándoles ciencia é inteligencia en todo libro caldeo, en que se contenían las ciencias é invenciones de aquella nación, y sabiduría grande; mejorando empero á Daniel en la inteligencia de visiones y sueños: de todo lo cual hizo Nabucodonosor experiencia á su tiempo, y halló

que ellos escedían extraordinariamente á todos los adivinos y magos de su reino. Quedáronse pues en la cámara del rey, siendo luego ensalzados y establecidos sobre las obras de las provincias de Babilonia, cuyas obras, dice el Hebreo, eran las de agricultura.

Ensoberbecido Nabucodonosor de verse levantado en la monarquía primera, según le había revelado Daniel, hizo fabricar una estatua de oro de sesenta codos de altura y seis de ancho, y púsola en un campo cerrado cerca de Babilonia. Y queriendo celebrar de un modo notable su dedicación, mandó que se hallasen presentes á esta solemnidad todos los principes, sátrapas, magistrados y personas constituidas en dignidad de su reino; y que en oyendo el sonido de los instrumentos músicos, postrándose todos adorasen la estatua de oro, con pena que los rebeldes que no la adorasen postrados, fuesen echados al instante en un horno de fuego ardiendo. Halláronse presentes á este espectáculo, por razón de su dignidad, los tres hebreos amigos de Daniel (estando éste ausente de Babilonia, según se colige de la Escritura y la afirma Nicolao de Lira), Ananías, Misael y Azarías; mas estuvieron firmes en no adorar la estatua de oro; por lo cual siendo acusados al rey de haber desobedecido sus decretos, indignado éste contra ellos, oyéndoles decir, que antes querían ser echados en el fuego, que adorar á otro Dios que el de Israel, que era poderoso para sacarlos del horno de fuego ardiendo, y librarlos de sus manos; mandó que se encendiese el horno siete veces más de lo que solía encenderse, y que fuesen echados en él aquellos tres mozos atados de pies y manos. Mas el fuego devoró á los que lo atizaban, y el Angel del Señor bajó al horno encendido, y con él se paseaban Ananías, Misael y Azarías en medio de las llamas, desatadas y consumidas por las mismas llamas sus ligaduras. Subía el fuego al cielo, tanto que se levantó cuarenta y nueve codos la llama; pero el Angel del Señor sacudiendo la llama fuera del horno, hizo que soprase como un viento fresco y húmedo que los recreaba, de manera que ninguna pena sentían. Entonces aquellos tres jóvenes como con una sola boca alababan, y glorificaban y bendecían á Dios diciendo el cántico bien celebrado y repetido en la Iglesia, que comienza: *Benedictus es Domine Deus patrum nostrorum, etc.*

Dice Villegas que el señalar la Escritura que se levantaba la llama cuarenta y nueve codos, denota que este fuego era figura del de el infierno, adonde la llama no llega al número de cincuenta, que es el año del Jubileo, porque nunca lo habrá, ni perdón para los que en él son atormentados, sino que será y es

eterno. En las adiciones del Maestro de las historias se advierte, que al tiempo que se canta en la misa del sábado santo la profecía, donde se contiene esta historia, en la oracion que va en ella no se dice *Flectamus genua* por razon que los tres santos hebreos no quisieron arrodillarse á la estatua de Nabucodonosor.

Visto por el rey lo que pasaba, y admirado de que el fuego no quemase á los tres mozos, habiendo quemado á sus soldados, como de que se viesen cuatro personas dentro del horno, adonde solo habian echado tres, exclamó: «Salid del horno, siervos del Dios Altísimo.» Y al instante salieron, y se vió que el fuego no los habia tocado, y que ni un solo cabello se habia atrevido á quemarles, ni siquiera á deslustrarles sus vestidos. A consecuencia del portentoso espido Nabucodonosor un edicto prohibiendo bajo pena de la vida blasfemar el nombre de Dios de Sidrach, Misach y Abdénago, adorando al Dios que ellos adoraban, y alabando lo que habian hecho de no adorar á otro, pues era tan poderoso, y despues los promovió en cargos honoríficos por diversas partes de su reino.

Segun refiere Ribadeneira, los tres amigos fueron enterrados en una cueva, sepulcro real, en Babilonia, donde algunos años despues fué tambien sepultado su compañero el santo profeta Daniel, á todos los cuales, esto es, Daniel y sus amigos, llama mártires gloriosos S. Atanasio. Los cuerpos de estos cuatro Santos fueron trasladados de Babilonia á Alejandria, y despues á Venecia, de donde una pierna de S. Daniel fué trasladada á Vercelós, donde hoy se guarda con gran veneracion, como inestimable tesoro, y la mayor parte de las reliquias de los tres santos niños se guardan hoy en Roma con la misma veneracion en la diaconia de S. Adriano; y en Alejandria se edificó un templo magnifico, para venerar en él una mano que les quedó de uno de los santos niños. Las vidas de estos gloriosos Santos escribieron, despues del Espiritu Santo, en varios lugares de la Sagrada Escritura, en especial en el libro 1.º de los Macabeos, capítulo 2, donde los canoniza por santos, en la misma profecía de Daniel, y todos los santos Padres sus comentadores, y en particular S. Epifanio *De vit. et inter. Prophet. cap. 2 et 10.* (Véase la historia de Daniel en las del dia 10 de abril, pág. 160.)

La misa es del comun de los santos confesores pontífices, y la oracion la siguiente:

Oid, Señor, las súplicas que bienaventurado Adon, vuestro os ofrecemos en la fiesta del confesor y pontífice; y absol-

vednos de todos nuestros pecados por los méritos é intercesion de un santo que os sirvió tan dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 8 del apóstol S. Pablo á los romanos.

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulacion? ¿Acaso la angustia? ¿Acaso la desnudez? ¿Acaso el peligro? ¿Acaso la espada? (Como está escrito: Por tí cada dia somos condenados á muerte: se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo.) Pero en todas estas cosas somos vencedores por aquel que nos amó.

REFLEXIONES.

¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Nada hay mas natural que esta conclusion que saca S. Pablo; lo que pasma es que esta conclusion no esté en el corazon y en la boca de todos los fieles. Jesucristo murió por todos: es, á mas de esto, nuestro mediador en el cielo; ¿quién nos separará, pues, de su amor? ¿Podemos tener motivos mas justos, mas obligatorios, mas interesantes, mas fuertes, ora se consideren sus beneficios, ora se atienda á lo que se merece su persona? ¿temeremos padecer por quien no ha rehusado morir por nosotros? No, Señor; al acordarme de lo que padecisteis, me parece sentirme con bastante ánimo, mediante la ayuda de vuestra gracia, para desafiar á todos los males, á que no son capaces de separarme jamás de vos; dadme asimismo fuerzas para triunfar de los deleites mas lisonjeros, y mas sensibles todavia que los mismos tormentos. Un cristiano debiera preguntarse á menudo á sí mismo: ¿lo que el mundo tiene de mas amable ó de mas terrible podrá separarme de Jesucristo? Si para hacer una brillante fortuna no fuera menester mas que cometer un pecado secreto, ¿permaneceria yo fiel? Lo que su corazon le responda entonces, le hará conocer si ama á Dios. Si el corazon hubiera de hablar lo que siente, ¡oh, y como es de temer que Jesucristo reconoceria pocos siervos fieles! ¿hay necesidad de semejantes pruebas para descubrir la flaqueza de nuestro amor? ¿por ventura no muestra bastantemente ser semejante á esos fuegos artificiales, que el menor soplo apaga, á esas flores tiernas y delicadas, que á la menor escarcha se marchitan y se queman? Nada mas ruin, nada mas débil que nuestro amor al Salvador: juzguémoslo por nuestra indiferencia, por nuestro poco respeto en el templo, por nuestra poca soli-

cidad por agradarle; añadamos por nuestra espantosa serenidad despues de haberle ofendido. Esto aturde y repugna á todo espíritu cristiano; esto parece increíble á los mismos bárbaros. Jesucristo posee y tiene en sí solo todas las calidades y perfecciones capaces de mover y ganar todos los corazones: Jesucristo es nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Rey, nuestro Mediador, nuestro Salvador, nuestro Padre. Nosotros no ignoramos lo que ha hecho por nosotros; ¿no ha hecho bastante? ¡Ah, que por ganarnos y obligarnos á amarle, ha hecho mas de lo que podemos creer! ¡y con todo esto nosotros no amamos á Jesucristo!

El Evangelio es del cap. 24 de S. Mateo, y el mismo que el día xi, pág. 185.

MEDITACION.

Sobre el amor que debemos tener á Dios.

PUNTO PRIMERO. — Considera como es cosa estraña que tengamos necesidad de que se nos pruebe que debemos amar á Dios, y que haya sido necesario imponernos un precepto de amar á un Dios infinitamente amable, y que nos ama infinitamente, y esto bajo las mas graves penas; pero lo que todavía pasma mas, lo que repugna á todo entendimiento que no ha perdido la razon es, que con todas estas razones tan convincentes que tenemos para amar á Dios; con este mandamiento tan espreso y tan positivo de amar á nuestro Dios; con el conocimiento de todas las dichas y de todas las horribles penas que caerán sobre todos los que no hubieren amado á Dios; este Dios tan bueno, tan poderoso, tan justo, tan benéfico, no sea amado. He aquí una cosa que parece tan incomprendible como la misma eternidad. ¡Que hemos de conocer el sumo bien, la fuente de todos los bienes, el solo verdadero bien, y no le hemos de amar! Es preciso, Dios mio, que seais bien poco conocido, cuando tan pocas gentes os aman; es preciso que el corazon del hombre sea muy perverso, si conociendo á Dios no le ama. Si Dios no nos hubiese mandado espresamente que le amásemos; quizá se podria decir que el no sentir esta extrema ternura para con él es una especie de respeto que le tenemos. Pero pues nos permite, y aun nos manda que le amemos, ¿quién puede dejar de amarle? ¿qué cosa hay en todo el universo, en todas las criaturas existentes y posibles; qué cosa hay capaz de mover nuestro corazon, que no

la posea Dios eminentemente? Grandeza, hermosura, poder, bondad, vosotras no sois en todos los objetos criados sino unas sombras muy imperfectas. Dios solo es grande, hermoso, poderoso, bueno. En las criaturas las cualidades amables están divididas en diferentes sugetos, y regularmente están acompañadas de tantos defectos, que por lo comun no gustan sino de lejos: Dios solo tiene todas las perfecciones sin alguna mezcla que pueda desagradar. Cuanto mas de cerca se le ve, mas se le admira. No hay cosa en él que no te mueva y te lleve á amarle. Entre los hombres la majestad inspira respeto; pero no siempre gana los corazones: en Dios su infinita grandeza le hace todavía mas amable. El entendimiento se pierde en este océano infinito de perfecciones puras é infinitas; pero el corazon del hombre encuentra en él su verdadera felicidad. Así lo que hace la suma bienaventuranza de los predestinados en el cielo, es el ver á Dios y poseerle; de aquí nace aquel amor divino que llena de gozo, de dulzura, de paz y de inefables delicias á los hombres y á los ángeles. Se puede decir que los bienaventurados en el cielo no son sino entendimiento y corazon, para no conocer ni amar sino á Dios. ¡Oh, qué consuelo! ¡oh, y qué satisfaccion la que produce este amor! ¿Y por qué no comenzaremos desde esta vida á gustar la bienaventuranza de los Santos amando á Dios de todo corazon?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el amor de las criaturas es una pasion inquieta y turbulenta, que hace al corazon esclavo, y le sujeta á otras mil pasiones; pero el amor de Dios es dulce y tranquilo, estingue las pasiones desordenadas, sacia el alma, y la pone en aquella dichosa libertad de que gozan los hijos de Dios. Por mas que hagamos, por mas amable y cabal que sea el objeto á que se aficiona nuestro corazon sobre la tierra, no es capaz de hacernos dichosos un solo momento. ¡Oh, y cuantos accidentes adversos, cuantas mudanzas no previstas, cuantos reveses, cuantos trastornos de cosas turban todos los días nuestro reposo! El temor, ó por mejor decir, la seguridad de perderlos un día nos sobresalta é inquieta continuamente. El amor de las criaturas es inseparable de la inquietud, del pesar y de la tristeza. Vos solo, Dios mio, que sois toda mi felicidad, vos solo podeis ser mio todo el tiempo que yo quisiere. Ninguna aventura, ningun accidente, ningun poder enemigo puede robarme mi tesoro: no tengo que temer en un objeto tan amable, ni disgusto ni mudanza. Aun en la suposicion que se encuentre un objeto criado, digno de nuestro amor, ¿quién podrá asegurarnos que él

nos juzgará digno del suyo? Este Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable, no solo no se desdenea de nuestro corazón; sino que se complace en él; gusta, por decirlo así, y quiere hacer de este corazón sus delicias: *deliciae meae esse cum filiis hominum*. Un nacimiento oscuro, un entendimiento mediano, una desgracia te hacen el desecho del mundo. Pero sabes que si amas á Dios, este Dios te mira con ojos de complacencia. Los grandes no hacen caso de ti; pero Dios te ama. Tus concurrentes, tus envidiosos te aborrecen; pero Dios te quiere; ¿y no amarás á tu Dios? ¿Qué sentimientos de reconocimiento y de amor no se escitarían en nuestro corazón, si supiésemos que el mayor rey del universo nos honraba con su amistad y benevolencia? Vos me amais, Dios mío; todas las cosas me lo dicen; todas me lo prueban; todas me lo demuestran; ¡y yo no os amaré á vos!

Esto es hecho, Dios mío: yo os amaré, Dios de mi corazón; y pongo por testigos al cielo y á la tierra de que no quiero vivir sino para amaros. Haced, Señor, que esta resolución sea eficaz.

JACULATORIAS. — Yo os amaré, Señor, á vos, que sois toda mi fortaleza. (*Psalm. 17.*)

¿Qué cosa hay en el cielo y en la tierra, Dios de mi corazón, que yo quiera y yo pueda amar fuera de vos? (*Psalm. 72.*)

PROPOSITOS.

1 Acuérdate que toda nuestra felicidad en este mundo y en el otro no consiste, propiamente hablando, en otra cosa sino en amar á Dios; y que todos los ejercicios de piedad no sirven sino para hacernos amar á Dios cada día mas; y que no tenemos mérito, ni valemos nada si no amamos á Dios. He aquí el blanco á que deben dirigirse todas nuestras devociones y ejercicios espirituales. Escítate á este amor de Dios tierno y afectuoso; acostúmbrate á decir frecuentemente por el día y por la noche: yo os amo, Dios mío. Procura hacer todas tus buenas obras por amor de Dios. Si visitas los pobres enfermos ó encarcelados, si perdonas las ofensas, si das limosna, haz todas estas cosas como otras tantas pruebas que das á Dios del amor que le tienes.

2 Piensa á menudo en tus meditaciones cuán digno es Dios de ser amado; cuán infelices son los que no le aman, y cuán felices los que le aman. Convéncete bien, que toda nuestra fortu-

na consiste en amar á Dios; y que sin este amor somos nada, aunque fuésemos los primeros hombres del mundo: *sine charitate nihil sum*. Enseña frecuentemente á tus súbditos y á tus hijos esta importante lección: pídele á Dios su amor en todas tus oraciones; y en cada comunión dile á Jesucristo con S. Pedro: Señor, vos sabeis que os amo: ó con S. Agustín: *Me atrevo á decir, Señor, que estoy cierto que os amo*. Finalmente, haz todos los días esta bella petición de S. Ignacio: Dame, Señor, solo tu amor con tu gracia, y estoy bastante rico y bastante contento.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES FLORIANO Y CALANICO, Y CINCUENTA Y OCHO COMPAÑEROS, en Eleuterópolis en Palestina; los cuales en el imperio de Heraclio fueron muertos á manos de los sarracenos por confesar la fe de Jesucristo.

SAN LAZARO, obispo, en Marsella en Francia, al cual resucitó el Señor, como se lee en el Evangelio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN JUAN DE MATA, fundador del orden de la santísima Trinidad, Redencion de cautivos, en Roma; cuya fiesta, por decreto de Inocencio XI, se celebra el día 8 de febrero. (*Véase su historia en las de aquel día.*)

SAN STURMIO, abad, y apóstol de la Sajonia, en el monasterio de Fulda, al cual canonizó el papa Inocencio II en el concilio segundo de Letran. (Murió en 779.)

SANTA VIVINA, virgen, en el monasterio de Bigarda junto á Bruselas, cuya esclarecida santidad manifiestan sus frecuentes milagros.

SANTA OLIMPIADA (ó mas bien OLIMPIAS), viuda; en Constantinopla, (gloria de las viudas de la Iglesia oriental: fué una señora de ilustre progenie y de opulenta fortuna. Nació en el año 368, y quedó huérfana bajo la tutela de Procopio que pareció era su tío; pero su mayor dicha fué haber sido educada por Teodosia; hermana de S. Amfiloquio, virtuosísima mujer á la cual S. Gregorio Nacienceno llamaba modelo perfecto de piedad. Era Olimpias todavía muy jóven cuando casó con Nebridio, tesorero del emperador Teodosio el grande, y algun tiempo prefecto de Constantinopla; pero murió á los veinte días de casado. La Santa quiso conservarse viuda no obstante el empeño de Teodosio para que aceptase por esposo á Elpidio, caballero español, y se dedicó enteramente á las obras de piedad y mortificación del cuerpo. Su virtud era la admiracion de toda la Iglesia, como se infiere del modo con que de ella hablan todos los preládos y hombres grandes de aquella era. S. Amfiloquio, S. Epifanio, S. Pedro de Sebaste, y otros mantuvieron con ella una fina correspondencia. Nectario arzobispo de Constan-